

INFANTIL



afectivo, se condensa para el niño en esa maravillosa glándula mamaria que le nutre y colma sus necesidades fisiológicas. No hablemos de las teorías de Freud a este respecto, que harían interminable este ensayo.

Por otra parte, esta exuberante motilidad obedece, como los fisiólogos han demostrado, a la riqueza muscular en glucógeno del infante.

Posee el niño un superávit de azúcar en sus músculos, que necesita quemar de alguna manera, y lo realiza con sus incesantes brincos y saltos y carreras. Pues para compensar la energía gastada, van quemándose en el horno orgánico las reservas azucaradas existentes, ya que de esa llamada surge el impulso energético. Y las pérdidas de azúcar las repone con los alimentos que lo contengan en gran cantidad. De ahí la avidez infantil para las golosinas, que encierran el carbón para su motor.

No debe, pues, coartarse la motilidad del niño. De lo contrario, nos exponemos a que el infante haga lo de aquel niño del relato de Legouve, al que su progenitor hacía vivir en insoportable quietud, por lo cual el chiquillo, apenas se marchaba su padre, comenzaba a correr dando vueltas a su cuarto, hasta caer rendido al suelo.

En cuanto al grito, es en un comienzo un acto reflejo. Kant pretendía que los gritos del recién nacido eran los lamentos del niño arrojado al mundo para sufrir en él.

Posteriormente, obedecen los gritos a la

cólera o al curioso sentimiento del niño de «afirmar su existencia»; de proclamar su pujanza, valiéndose de un estilo muy Tarzán de los Monos. Mas en donde de modo admirable se estampa el sello de la personalidad infantil, es en la risa.

Esa «dulce risa del infante», cantada por Víctor Hugo («Dios nos ha dado para alivio de esta miserable vida el sueño y la esperanza», dice Voltaire. «Y la risa, agrega Víctor Hugo, pero Dios no se ríe»).

La risa puede ser asimismo un acto reflejo, automático, un signo inconsciente y por fin un signo consciente, de expresión de un estado emotivo. Nicolay considera de gran interés la risa como factor educativo y a ello dedica varios capítulos en su interesante obra.

La risa, como su diminutivo la sonrisa — que es la hermana menor de la risa—, brotan y tienen su más pura fuente en el contraste.

La sonrisa y la risa aparecen pronto en el niño a las seis semanas según Mme. Necker de Lausure, a los cuarente y cinco días según Darwin). En sus albores, la sonrisa puede ser la simple respuesta de un acto físico (cosquillas, o un sencillo movimiento inconsciente del músculo cigomático. Posteriormente la risa aparece, pero concentrada en sí misma, sin dirigirse a nadie. Es la sonrisa del niño ahito de leche.

Un paso más y el niño sonreirá a sus juguetes. Después lo hará a la madre que le acaricia. Por fin el niño sonreirá ante un espectáculo regocijante o —como el adulto ya— por una idea graciosa.

La risa del niño traduce su estado psicosomático. Un niño que se ríe es un niño sano y la sonrisa que alegra su rostro favorece asimismo —y ello no es un romanticismo *demodée*, sino un vanguardismo pedagógico— su desaloro y su perfección moral.

El niño ríe mucho, de lo que merece ser reído y de lo que no. Llega al paroxismo de su alegría, exteriorizada en palmoteos, cuando las personas que él cree infalibles cometen una torpeza (el padre que rompe